

Hijo de sangre

Octavia E. Butler

La última noche de mi infancia empezó con una visita a casa. La hermana de T'Gatoi nos habían dado dos huevos estériles. T'Gatoi le ofreció uno a mi madre, mi hermano y mis hermanas. Insistió en que yo solo me comiera el otro. No importaba. Seguía habiendo bastante para que todo el mundo se sintiera bien. Casi todo el mundo. Mi madre no quiso tomar nada. Se sentó, observando cómo todos flotaban y soñaban sin ella. La mayor parte del tiempo me observaba a mí.

Yo estaba apoyado en el largo y aterciopelado envés de T'Gatoi, sorbiendo de mi huevo de cuando en cuando, preguntándome por qué se negaría mi madre un placer tan inofensivo. Tendría menos gris el pelo si alguna vez se lo permitiera. Los huevos prolongaban la vida, prolongaban el vigor. Mi padre, que en su vida rechazó uno, vivió más del doble de lo que tendría que haber vivido. Y hacia el final de su vida se casó con mi madre y engendró cuatro hijos, cuando debería haber aflojado la marcha.

Pero mi madre parecía contenta con envejecer antes de tiempo. Miré cómo se alejaba cuando varias patas de T'Gatoi me atrajeron más cerca de ella. A T'Gatoi le gustaba el calor de nuestros cuerpos y disfrutaba de él siempre que podía. Cuando era pequeño y pasaba más tiempo en casa, mi madre solía intentar enseñarme la manera de comportarme correctamente con T'Gatoi; de qué manera debía ser respetuoso y siempre obediente, porque T'Gatoi era la oficial del gobierno Tlic que estaba a cargo de la Preserva y, por tanto, la más importante de su especie en contacto directo con los terranos. Mi madre decía que era un honor que una persona semejante hubiera decidido integrarse a nuestra familia. Mi madre era de lo más formal y tajante cuando mentía.

No tenía ni idea de por qué mentía, ni siquiera de en qué mentía. Era un honor tener a T'Gatoi en la familia, pero eso no era ninguna novedad. T'Gatoi no estaba interesada en que la honraran en una casa que consideraba su segundo hogar. Se limitaba a llegar, subirse en uno de sus divanes especiales y llamarme para que la mantuviera caliente. Resultaba imposible comportarse con formalidad mientras me apoyaba en ella y la oía quejarse como acostumbraba, diciendo que yo estaba demasiado delgado.

- Estás mejor - dijo esta vez, tanteándome con seis o siete de sus patas -. Por fin estás ganando peso. La delgadez es peligrosa.

El tanteo varió delicadamente, convirtiéndose en una serie de caricias.

- Todavía está demasiado delgado - dijo mi madre con sequedad.

T'Gatoi levantó la cabeza, y quizás un metro de su cuerpo, por sobre el diván como si fuera a levantarse. Miró a mi madre; y mi madre, con el rostro arrugado y aire avejentado, apartó la mirada.

- Lien, me gustaría que tomaras lo que queda del huevo de Gan.

- Los huevos son para los niños - dijo mi madre.

- Son para la familia. Tómatelo, por favor.

Obedeciendo de mala gana mi madre me lo quitó y se lo llevó a la boca. Sólo quedaban unas gotas en el elástico cascarón, ahora arrugado, pero las exprimió, las tragó y, al poco, se le empezaron a suavizar algunas líneas de tensión en su cara.

- Es bueno - susurró - A veces olvido lo bueno que es.

- Deberías tomar más - dijo T'Gatoi -. ¿Por qué tienes tanta prisa en envejecer?

Literatura Norteamericana

Mi madre no dijo nada.

- Me gusta poder venir aquí - dijo T'Gatoi - Es gracias a ti que este lugar es un refugio y, sin embargo, te niegas a cuidarte.

T'Gatoi era acosada en el exterior. Su gente quería tener disponibles a más de nosotros. Sólo ella y su facción política se interponían entre nosotros y las hordas que no comprendían por qué había una Preserva; por qué no podían pedir, pagar, reclutar, o disponer de cualquier terrano. O sí lo entendían, pero en su desesperación no les importaba. T'Gatoi nos repartía entre los desesperados y nos vendía a los ricos y poderosos a cambio de su apoyo político. Éramos artículos de primera necesidad, símbolos de estatus y un pueblo independiente. Supervisó la unión de las familias, acabando con los últimos vestigios del sistema anterior, en que separaban las familias terranas para complacer a los Tlics impacientes. Había vivido con ella en el exterior. Había visto el ansia desesperada con que me miraba alguna gente. Asustaba un poco saber que sólo ella se interponía entre nosotros y esa desesperación que podría tragarnos tan fácilmente. Había veces en que mi madre la miraba y luego me decía «Cuídala». Y yo recordaba que también ella había estado en el exterior, también había visto.

T'Gatoi usó cuatro de sus patas para apartarme y echarme al suelo.

- Vamos, Gan - dijo -. Siéntate allí con tus hermanas y disfruta de no estar sobrio. Te has tomado la mayor parte del huevo. Ven a darme calor, Lien.

Mi madre dudó sin que yo pudiera ver razón aparente. Uno de mis recuerdos más tempranos es el de mi madre tumbada junto a T'Gatoi, hablando de cosas que yo no podía entender, y levantándose del suelo, y riéndose mientras me sentaba sobre uno de los segmentos de T'Gatoi. Por aquel entonces tomaba su ración de huevo. Me pregunté cuándo lo habría dejado, y por qué.

Se apoyó sobre T'Gatoi, y toda la hilera izquierda de las patas de T'Gatoi se cerró rodeándola con holgura, pero con firmeza. Yo siempre había encontrado cómodo el estar así, pero, exceptuando a mi hermana mayor, a nadie de la familia le gustaba. Decían sentirse enjaulados.

T'Gatoi quería enjaular a mi madre. Cuando lo hizo, movió ligeramente la cola y habló.

- No es suficiente huevo, Lien. Debiste tomarlo cuando se te lo ofreció. Ahora lo necesitas demasiado.

La cola de T'Gatoi se movió una vez más, con un latigazo tan rápido que no habría visto de no haberlo esperado. El aguijón hizo brotar solamente una única gota de sangre de la pierna desnuda de mi madre.

Mi madre chilló, probablemente por la sorpresa. La picadura no duele. Después suspiró y pude ver que su cuerpo se relajaba. Se movió lánguidamente a una posición más cómoda dentro de la jaula de patas.

- ¿Por qué hiciste eso? - preguntó medio dormida.

- No podía seguir viendo cómo sufrías.

Mi madre se las arregló para encoger ligeramente los hombros.

- Mañana - dijo.

- Sí. Mañana reanudarás tu sufrimiento, si es que debes hacerlo. Pero ahora, sólo por ahora, quédate aquí echada, dame calor y deja que te haga más fáciles las cosas.

- El es todavía mío, ¿sabes? - dijo de repente mi madre -. Nadie puede comprármelo.

De estar sobria no se habría permitido referirse a semejantes cosas.

- Nadie - asintió T'Gatoi, siguiéndole la corriente.

Literatura Norteamericana

- ¿Creíste que lo vendería a cambio de huevos? ¿A cambio de una larga vida? ¿A mi hijo?

- Por nada - dijo T'Gatoi, acariciando los hombros de mi madre, jugando con su pelo largo y gris.

Me hubiera gustado tocar a mi madre, compartir con ella ese momento. Me habría tomado la mano de haberla tocado en ese instante, sonreído liberada por el huevo y la picadura, y quizá hubiera dicho cosas que llevaba largamente guardadas en su interior. Pero mañana recordaría todo esto como una humillación. No quería ser parte del recuerdo de una humillación. Lo mejor era permanecer quieto y saber que me quería debajo de todo ese deber, ese orgullo y ese dolor.

- Quítale los zapatos, Xuac Hoa. Dentro de poco volveré a picarla y podrá dormir.

Mi hermana mayor obedeció, tambaleándose como una borracha al levantarse. Se sentó junto a mí cuando acabó y me cogió la mano. Ella y yo siempre habíamos estado muy unidos.

Mi madre apoyó la nuca en el envés de T'Gatoi e intentó, desde aquel ángulo imposible, mirar su rostro amplio y redondo.

- ¿Vas a picarme otra vez?

- Sí, Lien.

- Dormiré hasta mañana al mediodía.

- Bien. Lo necesitas. ¿Cuánto hace que no duermes?

Mi madre emitió un sonido enojado.

- Debí haberte pisado cuando eras lo bastante pequeña - farfulló.

Era un viejo chiste entre ellas. Habían crecido más o menos juntas, aunque T'Gatoi nunca fue, en toda la vida de mi madre, lo bastante pequeña como para ser pisada por cualquier terrano. Tenía casi tres veces la edad de mi madre, pero aún sería joven cuando ésta muriera de vieja. T'Gatoi y mi madre se conocieron cuando la primera entraba en un período de desarrollo rápido, una especie de adolescencia. Mi madre sólo era una niña, pero, durante un tiempo, se desarrollaron al mismo ritmo y no tuvieron mejor amiga que la una para la otra.

T'Gatoi hasta le había presentado a mi madre el hombre que se convertiría en mi padre. Mis padres, complacidos el uno con el otro, se casaron pese a la diferencia de edad, mientras que T'Gatoi se dedicó al negocio de su familia: la política. Ella y mi madre se veían menos. Pero antes de que naciera mi hermana mayor mi madre le prometió a T'Gatoi uno de sus hijos. Tendría que entregarle uno de nosotros a alguien, y prefería que fuera a T'Gatoi antes que a algún extraño.

Los años pasaron. T'Gatoi viajó y aumentó su influencia. La Preserva era suya cuando volvió a recoger lo que debía considerar como justa recompensa a su duro trabajo. A mi hermana mayor sólo le llevó un momento tomarle cariño y quiso ser elegida, pero mi madre estaba a punto de darme a luz, y a T'Gatoi le gustó la idea de elegir un bebé y ser testigo y partícipe de todas las fases de su desarrollo. Me han contado que me enjauló por primera vez entre sus muchas patas a los tres minutos de nacer. Pocos días después probé mi primer huevo. Suelo contarles esto a los terranos que me preguntan si alguna vez le tuve miedo. Y se lo cuento a los Tlic cuando T'Gatoi les sugiere llevarse un joven terrano, y ellos, ansiosos e ignorantes, piden un adolescente. Incluso mi hermano, que, por alguna razón, había crecido en el miedo y la desconfianza a los Tlic, podría haberse integrado cómodamente en una de las familias de haber sido adoptado lo suficientemente pronto. A veces pienso que, por su propio bien, debió haberlo sido. Lo miré, tirado ahí, en el suelo, en medio de la habitación, con ojos abiertos y vidriosos mientras soñaba su sueño de huevo. No importa lo que sentía hacia los Tlic, él siempre pedía su porción de un huevo.

- ¿Podrías levantarte, Lien? - preguntó súbitamente T'Gatoi.

Literatura Norteamericana

- ¿Levantarme? - dijo mi madre -. Creí que iba a dormirme.

- Luego. Algo va mal fuera.

La jaula desapareció bruscamente.

- ¿Qué?

- ¡Levántate, Lien!

Mi madre reconoció el tono y se levantó justo a tiempo de evitar que la arrojara al suelo. T'Gatoi restalló sus tres metros fuera del diván, en dirección a la puerta y salió a toda velocidad. Tenía huesos; costillas, una larga columna vertebral, un cráneo y cuatro pares de patas por segmento. Pero cuando se movía de aquel modo, retorciéndose, lanzándose en caídas controladas, corriendo al caer, no sólo no parecía tener huesos, sino ser acuática, algo que nadaba a través del aire como si fuera agua. Me encantaba verla moverse.

Dejé a mi hermana y seguí a T'Gatoi a través de la puerta, aunque no me sostenía muy firme sobre mis pies. Habría sido mejor sentarse y soñar, y mucho mejor encontrar una chica y compartir con ella la ensoñación. Antes, cuando los Tlic nos veían como poco más que grandes y útiles animales de sangre caliente, solían encerrar juntos a varios de los nuestros, machos y hembras, alimentándolos sólo con huevos. De ese modo podían asegurarse de obtener otra generación sin que importase cuánto quisiéramos contenernos. Tuvimos suerte de que aquello no durara mucho. Unas cuantas generaciones así y habríamos sido poco más que grandes y útiles animales.

- Mantén la puerta abierta, Gan - dijo T'Gatoi -, y dile a la familia que no salga.

- ¿Qué pasa? - pregunté.

- N'Tlic.

Retrocedí hasta la puerta.

- ¿Aquí? ¿Solo?

- Supongo que estaría intentando llegar a una cabina de comunicación.

Pasó ante mí cargando al hombre, inconsciente, doblado como una manta sobre algunas de sus patas. Parecía joven, puede que de la edad de mi hermano, y más delgado de lo que debiera. Lo que T'Gatoi habría calificado como peligrosamente delgado.

- Gan, ve a la cabina de comunicación.

Depositó al hombre en el suelo y empezó a quitarle la ropa.

No me moví.

Me miró un momento después, su repentina calma era señal de profunda impaciencia.

- Manda a Qui - dije -. Yo me quedaré aquí. A lo mejor puedo ayudar.

Volvió a mover las patas, levantando al hombre y sacándole la camisa por la cabeza.

- No querrás ver esto - dijo -. Será duro. No puedo ayudar a este hombre como podría hacerlo su Tlic.

- Lo sé, pero manda a Qui. No querrá servir de ayuda en esto. Yo, al menos, estoy dispuesto a intentarlo.

Miró a mi hermano mayor, más grande, más fuerte, sin duda más capacitado para ayudarla. Se había incorporado, estaba encogido contra la pared, y miraba al hombre del suelo con un miedo y una repulsión que no disimulaba. Hasta ella pudo darse cuenta de que sería inútil.

- ¡Ve tú, Qui!

Literatura Norteamericana

No discutió. Se levantó, se tambaleó un poco, y recuperó el equilibrio, espabilado por el miedo.

- Este hombre se llama Bran Lomas - le dijo, leyendo el brazalete del hombre. Me toqué distraídamente, por simpatía, mi propio brazalete -. Necesita a T'Khotgif Teh. ¿Me oyes?

- Bran Lomas. T'Khotgif Teh - repitió mi hermano -. Ya voy.

Pasó rodeando a Lomas y salió corriendo por la puerta.

Lomas comenzó a recobrar el sentido. Al principio sólo se quejaba y se aferraba espasmódicamente a un par de patas de T'Gatoi. Mi hermana pequeña, al despertar de su sueño de huevo, se acercó a mirarlo hasta que mi madre la apartó.

T'Gatoi le quitó los zapatos al hombre, luego los pantalones, dejando todo el rato libres a dos de sus patas para que se agarrara a ellas. Todas sus patas eran igualmente diestras, a excepción de las dos últimas.

- No quiero protestas esta vez, Gan – dijo ella.

Me enderecé.

- ¿Qué tengo que hacer?

- Sal y mata un animal que al menos tenga la mitad de tu tamaño.

- ¿Que lo mate? Pero si yo nunca...

Me empujó a través de la habitación. Su cola era un arma eficaz, tanto con el aguijón expuesto como sin él.

Me levanté, sintiéndome estúpido por haber ignorado su advertencia, y fui a la cocina. Quizá pudiera matar algo con un cuchillo o un hacha. Mi madre criaba unos cuantos animales terranos para la mesa y varios miles de los locales por su piel. Probablemente, T'Gatoi preferiría algo local. Tal vez un achti. Algunos eran del tamaño adecuado, aunque tenían unas tres veces más dientes que yo y un auténtico interés por usarlos. Mi madre, Hoa y Qui podían matarlos con cuchillos. Yo nunca maté ninguno de ninguna forma, nunca había matado a un animal. Mientras mi hermano y hermanas aprendían el negocio de la familia, yo pasaba la mayor parte de mi vida con T'Gatoi. Ella tenía razón. Debería haber sido yo quien fuera a la cabina de comunicación. Al menos eso sí podía hacerlo.

Fui al armario del rincón, donde mi madre guardaba las herramientas grandes para el jardín y la casa. En el fondo del armario había una tubería que llevaba el agua de desecho a la cocina; pero ya no lo hacía. Mi padre había desviado el agua de desecho antes de que naciera yo. Ahora la tubería podía desenroscarse hasta que una mitad giraba sobre la otra y se podía guardar un rifle dentro. No era nuestra única arma de fuego, pero sí la de más fácil acceso. Tendría que usarla para disparar sobre uno de los achti más grandes. Probablemente, T'Gatoi la confiscaría después. Las armas de fuego eran ilegales en la Preserva. Hubo algunos incidentes nada más establecerse la Preserva; terranos disparándoles a los Tlics, disparándoles a los N'Tlics. Eso fue antes de que empezase la unión de familias, antes de que todos tuvieran un interés personal en mantener la paz. Nadie le había disparado a un Tlic en toda mi vida o la de mi madre, pero la ley seguía vigente. Para nuestra protección, decían. Se contaban historias sobre familias terranos enteras exterminadas como represalia por los asesinatos de entonces.

Fui a los corrales y disparé al achti más grande que pude encontrar. Era un semental robusto, y a mi madre no le haría ninguna gracia verme entrar con él. Pero era del tamaño adecuado y tenía prisa.

Literatura Norteamericana

Me eché al hombro el largo y cálido cuerpo del achti, contento porque algo del peso que había ganado fuera músculo, y entré en la cocina. Una vez allí, devolví la escopeta a su escondite. Si T'Gatoi se fijaba en las heridas del achti y me pedía el rifle, se lo entregaría. Si no, lo dejaría donde mi padre quiso que estuviera.

Me volví para llevarle el achti, y dudé. Me quedé durante varios segundos frente a la puerta cerrada, preguntándome por qué tenía miedo de repente. Sabía lo que iba a ocurrir. No lo había visto antes, pero T'Gatoi me había enseñado diagramas y dibujos. Se había asegurado de que supiera la verdad en cuanto tuve la edad suficiente para entenderla.

Aun así no quería entrar en la habitación. Perdí algo de tiempo eligiendo un cuchillo de la caja de madera tallada donde los guardaba mi madre. Puede que T'Gatoi necesite uno, me dije, para la piel dura y peluda del achti.

- ¡Gan! - gritó T'Gatoi, con voz áspera por la urgencia.

Tragué. No había imaginado que un sencillo movimiento de los pies pudiera resultar tan difícil. Me di cuenta de que temblaba y eso me avergonzó. La vergüenza me empujó a través de la puerta.

Deposité el achti junto a T'Gatoi y vi que Lomas volvía a estar inconsciente. Lomas, ella y yo estábamos solos en la habitación. Mi madre y hermanas debieron ser enviadas fuera para que no tuvieran que verlo. Las envidiaba.

Pero mi madre volvió a la habitación cuando T'Gatoi cogió el achti. Ignorando el cuchillo que le ofrecía, sacó las garras de varias de sus patas y abrió al achti desde la garganta al ano. Me miró con resueltos ojos amarillos.

- Sujeta los hombros de este hombre, Gan.

Miré a Lomas con pánico, dándome cuenta de que no quería tocarlo, y mucho menos sujetarlo. Esto no sería como dispararle a un animal. No tan rápido ni tan misericordioso, y esperaba que no tan definitivo, pero no había nada que deseara menos que ser partícipe de ello.

Mi madre se adelantó.

- Tú sujétale por la derecha, Gan. Yo lo haré por la izquierda.

Si el hombre despertaba, la arrojaría al suelo sin darse cuenta de lo que hacía. Era una mujer diminuta. A menudo se preguntaba en voz alta cómo había podido engendrar unos niños tan - como decía ella - «enormes».

- No te preocupes - le dije, agarrando los hombros de Lomas -. Lo haré yo.

Se quedó remoloneando por allí.

- No te preocupes - repetí -. No te avergonzaré. No tienes por qué quedarte a verlo.

Me miró indecisa, y luego me tocó la cara con una extraña caricia. Al fin, volvió a su dormitorio.

T'Gatoi bajó la cabeza con alivio.

- Gracias, Gan - dijo, con cortesía más terrano que Tlic -. Ésa... siempre encuentra nuevas formas de que la haga sufrir.

Lomas empezó a gemir y a emitir sonidos apagados. Había esperado que permaneciera inconsciente. T'Gatoi puso su cara junto a la de él para que le prestara atención.

- Ya te he picado todo lo que me atrevo - le dijo -. Cuando esto termine, volveré a hacerlo hasta que te duermas y dejaré de dolerte.

Literatura Norteamericana

- Por favor - suplicó el hombre -. Espera...

- No hay tiempo, Bram. Te picaré cuando termine. Cuando llegue T'Khotgif te dará huevos para ayudar a recuperarte. Terminaré en seguida.

- ¡T'Khotgif! - gritó el hombre, tensándose contra mis manos.

- Pronto, Bram, pronto.

T'Gatoi me lanzó una mirada, y después colocó una garra en su abdomen, ligeramente a la derecha del medio, justo debajo de la última costilla. En el lado derecho hubo un ligero movimiento; pulsaciones pequeñas y aparentemente al azar agitando su piel oscura, creando una concavidad aquí, una concavidad allá, una y otra vez, hasta que pude advertir su ritmo y averiguar dónde se produciría la siguiente pulsación.

Todo el cuerpo de Lomas se endureció bajo la garra de T'Gatoi, aunque sólo la apoyaba en él mientras enroscaba la última sección de su cuerpo alrededor de las piernas del hombre. Podría romper mi presa, pero no rompería la de ella. Lloró desesperadamente cuando ella usó sus pantalones para atarle las manos y después las pasó por encima de su cabeza, para que yo pudiera arrodillarme encima de la ropa y sujetarle las manos. Enrolló la camiseta y se la dio para que mordiera.

Y lo abrió.

Su cuerpo se convulsionó con el primer corte. Casi se me soltó. Los sonidos que emitía... Jamás oí sonidos semejantes viniendo de algo humano. T'Gatoi parecía no prestar atención mientras prolongaba y profundizaba el corte, haciendo ocasionales pausas para limpiar la sangre con lamidas. Los vasos sanguíneos se contraían, reaccionando a la química de la saliva, y la hemorragia disminuía.

Me sentía como si estuviera ayudándola a torturarlo, ayudándola a consumirlo. Pronto vomitaría, lo sabía; no sabía por qué no lo había hecho ya. No creí poder aguantar hasta que ella terminara.

Encontró la primera larva. Era gorda y de un rojo intenso por la sangre, tanto por fuera como por dentro. Ya había devorado su cascarón, pero no parecía haber empezado a devorar al huésped. En ese estadio, devoraría cualquier clase de carne, a excepción de la de su madre. Si la hubiéramos dejado habría continuado segregando los venenos que habían enfermado a Lomas al tiempo que lo alertaron. Eventualmente, habría empezado a comer. Lomas estaría muerto o agonizante para cuando se hubiera abierto paso en su carne, e incapaz de vengarse de lo que estaba matándole. Siempre había un período de gracia entre el momento en que enfermaba el huésped y cuando las larvas empezaban a devorarlo.

T'Gatoi recogió cuidadosamente la larva que se retorció, y la miró, ignorando de algún modo los terribles gemidos del hombre.

El hombre perdió el sentido bruscamente.

- Bien. - T'Gatoi le miró -. Me gustaría que los terranos pudieran hacer esto a voluntad.

Ella no sentía nada. Y la cosa que sostenía...

En ese estadio carecía de patas y huesos, tendría unos quince centímetros de largo y dos de ancho, estaba ciega y embadurnada de sangre. Era como un gusano grande. T'Gatoi la depositó en la panza del achti, y empezó a horadar inmediatamente, a abrirse paso en la panza del animal. Se quedaría ahí y comería mientras hubiera algo que comer.

Encontró dos más tanteando en la carne de Lomas, una de ellas más pequeña y vigorosa.

- ¡Un macho! - dijo con felicidad.

Literatura Norteamericana

Moriría antes que yo. Pasaría por su metamorfosis y se cogería todo lo que se le pusiera por delante antes de que sus hermanas llegaran a desarrollar patas. Fue el único que hizo un esfuerzo serio por morder a T'Gatoi mientras lo colocaba en el achti.

Gusanos más pálidos salían a la luz en la carne de Lomas. Era peor que encontrar algo muerto, putrefacto y lleno de diminutas larvas. Y era mucho peor que cualquier dibujo o diagrama.

- Ah, ahí hay más - dijo, extrayendo dos larvas gruesas y largas -. Puede que tengas que matar otro animal, Gan. Todo vive dentro de vosotros los terranos.

Me habían dicho toda la vida que esto era algo bueno y necesario, algo que hacían juntos Tlics y terranos, una especie de parto. Lo había creído hasta ahora. Sabía que el nacimiento era doloroso y sangriento, no importaba cuál. Pero esto era algo diferente, algo peor. No estaba preparado para verlo. Quizá no lo estuviese nunca. Y, sin embargo, no podía dejar de verlo. Cerrar los ojos no servía de nada.

T'Gatoi encontró una larva que todavía estaba devorando el cascarón. Los restos de la cáscara seguían conectados a un vaso sanguíneo por su tubito, o gancho, o lo que fuera. Así era como las larvas se anclaban y alimentaban. Sólo tomaban sangre hasta que estaban listas para salir. En ese momento devoraban los distendidos y elásticos caparazones. Luego lo hacían con sus huéspedes.

T'Gatoi mordió el cascarón para retirarlo y lamió la sangre. ¿Le gustaría el sabor? ¿Cuesta perder las costumbres infantiles, o acaso no se pierden nunca?

Todo el proceso estaba mal, era ajeno. Jamás supuse que algo de T'Gatoi pudiera llegar a resultarme ajeno.

- Uno más, creo - dijo -. Tal vez dos. Una buena familia. Estos días nos contentaríamos con encontrar uno o dos vivos en un animal huésped. - Me echó un vistazo -. Sal fuera, Gan, y vacía tu estómago. Ve ahora, mientras el hombre continúa inconsciente.

Salí tambaleándome y apenas lo conseguí. Vomité tras el árbol que había justo pasada la puerta principal hasta que no quedó nada por echar. Cuando terminé, me quedé en pie, temblando, con las lágrimas corriéndome por las mejillas. No sabía por qué lloraba, pero no podía dejar de hacerlo. Me alejé algo más de la casa para no ser visto. Cada vez que cerraba los ojos veía gusanos arrastrándose por una carne humana más roja aún.

Un coche venía hacia la casa. Ya que los terranos tenían prohibidos los vehículos motorizados, excepto para cierto equipo agrícola, supe que debía ser el Tlic de Lomas, acompañado por Qui y puede que un médico terrano. Me sequé la cara con la camiseta, y me esforcé por controlarme.

- Gan - gritó Qui, cuando se detuvo el coche -. ¿Qué ha ocurrido?

Descendió del coche bajo y redondo, adaptado a los Tlic. Por el otro lado bajó otro terrano y entró en la casa sin dirigirme la palabra. El médico. Lomas podría conseguirlo con su ayuda y unos cuantos huevos.

- ¿T'Khotgif Teh? - dije.

La conductora Tlic salió del coche, irguiendo la mitad de su altura ante mí. Era más pálida y pequeña que T'Gatoi, probablemente nacida del cuerpo de un animal. Los Tlic nacidos de cuerpos terranos siempre eran más grandes y más numerosos.

- Seis jóvenes - le dije -, puede que siete. Todos vivos. Un macho por lo menos.

- ¿Lomas? - preguntó con severidad.

Literatura Norteamericana

Me agradó que preguntara y la preocupación que había en su voz cuando lo hizo. La última cosa coherente que había dicho él fue su nombre.

- Está vivo - dije.

Se lanzó hacia la casa sin decir más.

- Ha estado enferma - dijo mi hermano, mirando cómo se alejaba -. Cuando llamé oí a gente diciéndole que no estaba lo bastante bien para salir, ni siquiera para esto.

No dije nada. Había sido cortés con el Tlic. Ahora no quería hablar con nadie. Esperaba que él entrase, aunque sólo fuera por curiosidad.

- Finalmente descubriste más de lo que querías saber, ¿eh?

Le miré.

- No me mires como ella - dijo -. No eres ella. Sólo eres su propiedad.

Como ella. ¿Habría desarrollado yo hasta la capacidad de imitar sus expresiones?

- ¿Qué has hecho? ¿Vomitara? - Olisqueó el aire -. Así que ya sabes lo que te espera.

Me alejé de él. De niños estuvimos muy unidos. Me dejaba andar junto a él cuando estaba en casa, y T'Gatoi a veces permitía que nos acompañara cuando íbamos a la ciudad. Pero, al llegar a la adolescencia, le pasó algo. Nunca supe qué. Empezó a distanciarse de T'Gatoi. Después empezó a huir... hasta que se dio cuenta de que no había «huida». No en la Preserva. Y, desde luego, no en el exterior. Después de eso se concentró en conseguir su ración de cada huevo que llegaba a casa, y en mirarme de una forma que sólo conseguía hacer que le odiara, de una forma que decía claramente que estaba a salvo de los Tlic mientras yo siguiera bien.

- ¿Cómo fue de verdad? - preguntó, yendo detrás de mí.

- Maté un achti. Los jóvenes se lo comieron.

- No saliste corriendo de casa para vomitar porque se comieran un achti.

- Nunca antes había... visto abierta a una persona.

Era cierto, y bastante para él. No podía hablar de lo otro. Con él, no.

- Oh - dijo.

Me miró como si quisiera decir algo más, pero siguió callado.

Caminamos sin dirigirnos a ningún sitio en especial. Hacia la parte de atrás, hacia los corrales, hacia los campos.

- ¿Dijo algo? - preguntó Qui -. Me refiero a Lomas.

¿A quién más se podría referir?

- Dijo «T'Khotgif».

Qui se estremeció.

- Si me hubiera hecho eso a mí, sería la última persona a la que llamaría.

- La llamarías. Su picadura te calmaría el dolor sin matar a las larvas que tienes dentro.

- ¿Crees que me importaría si muriesen?

No. Claro que no le importaría. ¿Me importaría a mí?

- ¡Mierda! - Aspiró profundamente -. He visto lo que hacen. ¿Te crees que esto de Lomas ha sido malo? Esto no ha sido nada.

Literatura Norteamericana

No discutí. Él no sabía de qué hablaba.

- Vi como devoraban a un hombre - dijo.

Me volví para mirarle.

- ¡Estás mintiendo!

- Vi como devoraban a un hombre. - Hizo una pausa -. Fue cuando era pequeño. Había estado en el hogar de los Hartmund y volvía a casa. A mitad de camino, vi un hombre y un Tlic, y el hombre era un N'Tlic. El terreno era accidentado. Pude esconderme y verlo todo. El Tlic no quería abrir al hombre porque no tenía nada con que alimentar a las larvas. El hombre no podía continuar y no había casa cerca. Sufría tanto que le pidió que lo matara. Le suplicó que lo matara. Al final lo hizo. Le cortó el cuello. Un golpe de garra. Vi como las larvas se abrían paso comiendo, para después volver a meterse, todavía comiendo.

Sus palabras me hicieron ver de nuevo la carne de Lomas, llena de parásitos arrastrándose.

- ¿Porqué no me lo contaste? - susurré.

Pareció sorprendido, como si hubiera olvidado que lo escuchaba.

- No lo sé.

- Poco después de eso fue cuando empezaste a huir, ¿verdad?

- Sí. Fue estúpido. Huir dentro de la Preserva. Huir dentro de una jaula.

Negué con la cabeza y le dije lo que debí decirle hacía mucho tiempo.

- No te tomará a ti. No tienes por qué preocuparte.

- Lo haría... si te pasase algo.

- No. Tomaría a Xuan Hoa. Hoa... lo desea.

No lo desearía de haberse quedado a observar a Lomas.

- No toman a las mujeres - dijo con desprecio.

- A veces las toman. - Le miré -. En realidad, prefieren a las mujeres. Deberías estar cuando hablan entre ellas. Dicen que las mujeres tienen más carne para proteger a las larvas. Pero acostumbran a elegir a los hombres para que las mujeres puedan engendrar sus propios jóvenes.

- Para proporcionar la siguiente generación de animales huéspedes - dijo, pasando del desprecio a la amargura.

- ¡Es más que eso! - contrarresté. ¿Lo era?

- Yo también querría creerlo si me fuera a pasar a mí.

- ¡Es más! - Me sentí como un niño. Era un argumento estúpido.

- ¿Pensabas eso mientras T'Gatoi sacaba gusanos de las tripas de ese tipo?

- ¿Se supone que no debería pasar así?

- Naturalmente que sí. No se suponía que tú lo vieras, eso es todo. Y se supone que su Tlic debería hacerlo. Ella podría picarlo y dormirlo, y la operación no habría sido tan dolorosa. Pero también le habría abierto, habría sacado las larvas, y si se hubiese escapado una sola, ésta lo envenenaría y lo devoraría de dentro afuera.

Hubo un tiempo en que mi madre me decía que respetara a Qui porque era mi hermano mayor. Me alejé odiándole. Estaba disfrutando a su manera. Él estaba a salvo y yo no. Podía haberle

Literatura Norteamericana

pegado, pero no creí poder soportar que se negara a devolverme el golpe y me mirara con desprecio y lástima.

No pensaba dejar que me marchara. Se deslizó delante de mí con sus piernas más largas, y me hizo sentir como si estuviera siguiéndole.

- Lo siento - dijo.

Continué con paso firme, furioso y harto.

- Mira, probablemente no sea tan malo para ti. T'Gatoi te aprecia. Tendrá cuidado.

Me volví hacia la casa, casi huyendo de él.

- ¿Te lo ha hecho ella ya? - preguntó, siguiéndome con facilidad -. Quiero decir que tienes la edad adecuada para la implantación. Te ha...

Le pegué. No sabía que iba a hacerlo, pero creo que quería matarlo. Creo que lo habría hecho de no ser más grande y más fuerte.

Intentó sujetarme, pero al final tuvo que defenderse. Sólo me pegó un par de veces. Con eso bastó. No recuerdo haberme caído, pero se había ido cuando me recuperé. El dolor valió la pena, a cambio de deshacerme de él.

Me levanté y caminé lentamente hacia la casa. La parte de atrás estaba a oscuras. En la cocina no había nadie. Mi madre y mis hermanas debían estar durmiendo en sus cuartos, o fingiéndolo.

Oí voces cuando entré en la cocina, terranos y Tlics, provenientes de la habitación de al lado. No conseguí entender lo que decían, no quería entenderlo.

Me senté ante la mesa de mi madre, esperando a que se hiciera el silencio. La mesa era vieja y lisa, pesada y construida a conciencia. Mi padre la había hecho para mi madre justo antes de morir. Recordaba haber andado debajo de ella mientras la construía. No le importó. Ahora me senté recostándome en ella, echándolo de menos. Podría haber hablado con él. Lo había hecho tres veces en su larga vida. Tres camadas de huevos, tres veces abierto y cosido. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo podría hacerlo nadie?

Me levanté, cogí el rifle de su escondite y me senté con él. Necesitaba una limpieza, un engrasado.

Todo lo que hice fue cargarlo.

- ¿Gan?

Hacía un montón de ruiditos al caminar sobre el suelo descubierto, cada pata chasqueaba en sucesión al tocarlo. Oleadas de pequeños clics.

Vino a la mesa, alzó la mitad delantera de su cuerpo sobre ella y se apoyó.

A veces se movía tan grácilmente que parecía fluir como si fuera agua. Se enrolló formando una pequeña colina en medio de la mesa y me miró.

- No ha estado bien - dijo suavemente -. No deberías haberlo visto. No había necesidad de que fuera así.

- Lo sé.

- T'Khotgif, ahora Ch'Khotgif, morirá a causa de su enfermedad. No vivirá para criar a sus hijos. Pero su hermana los mantendrá a ellos y a Bran Lomas.

Una hermana estéril. Una hermana fértil en cada camada. Una para preservar a la familia. Esa hermana le debía a Lomas más de lo que jamás podría pagarle.

Literatura Norteamericana

- Entonces, ¿él vivirá?
- Sí.
- Me pregunto si él lo volvería a hacer.
- Nadie le pedirá que lo vuelva a hacer.

Miré los ojos amarillos, preguntándome cuánto había visto y comprendido, y cuánto había sólo imaginado.

- Nadie nos pregunta nunca. Tú nunca me preguntaste.

Movió ligeramente la cabeza.

- ¿Qué te pasa en la cara?
- Nada. Nada importante.

Unos ojos humanos probablemente no habrían notado la hinchazón en la oscuridad. La única luz provenía de una de las lunas, brillando por la ventana situada al otro lado de la habitación.

- ¿Usaste el rifle para abatir al achti?
- Sí.

- ¿Y tienes intención de usarlo contra mí?

La miré. La luz de la luna iluminaba su cuerpo enrollado y grácil.

- ¿A qué te sabe la sangre terrana?

No dijo nada.

- ¿Qué eres? - susurré -. ¿Qué somos nosotros para ti?

Se quedó inmóvil, la cabeza recostada en el anillo superior.

- Me conoces como ningún otro me conoce - dijo suavemente -. Tú debes decidir.
- Eso es lo que le pasó a mi cara.
- ¿Qué?

- Qui me estimuló para que decidiera algo. No salió muy bien. - Moví ligeramente el arma, colocando diagonalmente el cañón bajo mi mentón -. Al menos fue una decisión tomada por mí.

- Como lo será ésta.
- Pregunta, Gatoi.
- ¿Por la vida de mis hijos?

Tenía que decir algo así. Sabía cómo manipular a la gente, terranos y Tlics. Pero esta vez no.

- No quiero ser un animal huésped - dije -. Ni siquiera el tuyo.

Le llevó un tiempo contestar.

- Casi no usamos animales huéspedes en estos días. Lo sabes.
- Nos usan a nosotros.
- Lo hacemos. Esperamos largos años y los instruimos y unimos vuestras familias a las nuestras. - Se movía inquieta -. Sabes que para nosotros no son animales.

Me quedé mirándola sin decir nada.

Literatura Norteamericana

- Mucho después de que llegaran tus antepasados, los animales que usábamos antaño empezaron a matar a la mayoría de los huevos una vez que eran implantados - dijo suavemente -. Sabes estas cosas, Gan. Estamos aprendiendo de nuevo lo que significa ser sanos y prósperos gracias a la llegada de tu pueblo. Y tus antepasados, que huían de su mundo natal, de su propia especie que los habría matado o esclavizado, sobrevivieron gracias a nosotros. Nosotros les aceptamos como pueblo y les dimos la Preserva cuando aún intentaban matarnos como gusanos.

Al oír la palabra «gusanos» di un salto. No pude evitarlo, y ella no pudo evitar darse cuenta.

- Ya veo - dijo tranquilamente -. ¿Preferirías morir antes que llevar a mis jóvenes, Gan?

No respondí.

- ¿Debo acercarme a Xuan Hoa?

- ¡Sí!

Hoa lo deseaba. Que lo tuviera. Ella no había tenido que ver a Lomas. Estaría orgullosa... no aterrorizada.

T'Gatoi fluyó de la mesa al suelo, asustándome casi demasiado.

- Esta noche dormiré en la habitación de Hoa - dijo -. Se lo diré en algún momento de esta noche, o mañana.

Todo iba demasiado rápido. Mi hermana Hoa había tenido casi tanto que ver en mi educación como mi madre. Aún seguía unido a ella, no como a Qui. Ella podía desear a T'Gatoi y seguir queriéndome.

- ¡Espera, Gatoi!

Miró hacia atrás, levantó del suelo casi la mitad de su longitud y se volvió hacia mí.

- Éstas son cuestiones adultas, Gan. ¡Es mi vida, mi familia!

- Pero es... mi hermana.

- He hecho lo que me pediste. ¡Te lo he preguntado!

- Pero...

- Será más fácil para Hoa. Siempre ha esperado llevar otras vidas dentro de ella.

Vidas humanas. Jóvenes humanos que algún día beberían de sus pechos, no de sus venas.

Negué con la cabeza.

- No se lo hagas a ella, Gatoi.

Yo no era Qui. Pero, sin embargo, creí poder convertirme en él sin ningún esfuerzo. Podía escudarme en Xuan Hoa. ¿Sería más fácil saber que los gusanos rojos crecían en su carne en vez de en la mía?

- No se lo hagas a Hoa - repetí.

Me miró, totalmente inmóvil.

Miré a otro lado, luego a ella.

- Házmelo a mí.

Bajé el rifle de mi garganta y ella se inclinó hacia adelante para tomarlo.

- No - dije.

- Es la ley.

Literatura Norteamericana

- Déjasele a la familia. Puede que alguno de ellos tenga que usarla para salvar algún día mi vida.

Agarró el cañón del rifle, pero yo no pensaba soltarlo.

Me arrastró hasta ponerme en pie, junto a ella.

- ¡Déjalo aquí! - repetí -. Si no somos tus animales, si éstas son cuestiones adultas, acepta el riesgo. Hay un riesgo, Gatoí, en tratar con un compañero.

Evidentemente le era difícil soltar el rifle. Un escalofrío le recorrió y emitió un siseo de disgusto. Pensé que estaba asustada. Era lo bastante mayor como para haber visto lo que podían hacerle los rifles a la gente. Ahora sus jóvenes y esta arma estarían en la misma casa. No conocía la existencia de nuestras otras armas. No importaban en esta discusión.

- Implantaré el primer huevo esta noche - dijo, mientras yo apartaba el rifle -. ¿Me oyes, Gan?

¿Por qué, si no, me había dado a comer un huevo completo, mientras el resto de la familia tuvo que compartir uno? ¿Por qué, si no, mi madre me miró como si estuviera alejándome de ella, yendo hacia donde no podía seguirme? ¿Imaginaría T'Gatoí que no me había dado cuenta?

- Te oigo.

- ¡Ahora!

Dejé que me empujara fuera de la cocina, y después caminé delante de ella hacia mi dormitorio. La repentina urgencia de su voz parecía real.

- ¡Se lo habrías hecho a Hoa esta noche! - recriminé.

- Debo hacérselo a alguien esta noche.

Me detuve a pesar de su urgencia y me planté en su camino.

- ¿No te importa a quién?

Se deslizó rodeándome y entró en mi dormitorio. La encontré esperando en el diván que compartíamos. En la habitación de Hoa no había nada que hubiera podido usar. Se lo habría hecho en el suelo. La imagen de T'Gatoí haciéndoselo a Hoa fuera como fuese me molestó ahora de un modo diferente, y me enfadé.

Sin embargo, me desvestí y me tendí a su lado. Sabía qué hacer, qué esperar. Me lo habían contado toda mi vida. Sentí la picadura familiar, narcótica, moderadamente agradable. Después, el ciego tanteo de su ovipositor. El pinchazo fue indoloro, fácil. Entraba tan fácilmente... Se onduló lentamente contra mí, sus músculos empujaban el huevo de su cuerpo al mío. Me agarré a un par de sus patas hasta que recordé a Lomas agarrándose así. Me solté entonces, moviéndome sin darme cuenta, y le hice daño. Profirió un suave grito de dolor y pensé que iba a ser enjaulado de inmediato por sus patas. Me volví a agarrar al no serlo, sintiéndome extrañamente avergonzado.

- Lo siento - susurré.

Acaricié mis hombros con cuatro de sus patas.

- ¿Entonces te importa? - pregunté -. ¿Te importa que sea yo?

No respondió durante unos segundos. Finalmente...

- Tú eras el que tomaba decisiones esta noche, Gan. Yo tomé la mía hace mucho.

- ¿Te habrías acercado a Hoa?

- Sí. ¿Cómo podría dejar a mis hijos al cuidado de alguien que los odiara?

Literatura Norteamericana

- No era... odio.

- Sé lo que era.

- Estaba asustado.

Silencio.

- Todavía lo estoy.

Podía admitirlo delante de ella, aquí, ahora.

- Pero tú viniste a mí... para salvar a Hoa.

- Sí. - Apoyé la frente en ella. Era fría, aterciopelada, engañosamente blanda -. Y para conservarte para mí - dije.

Así era. No lo entendía, pero así era.

Emitió un suave canturreo de contenta.

- No podía creer que hubiera cometido semejante error contigo. Yo te elegí. Pensé que tú habías llegado a elegirme.

- Lo había hecho, pero...

- Lomas.

- Sí.

- Nunca he conocido a un terrano que lo viera y lo asumiera bien. Qui ha visto uno, ¿no es así?

- Sí.

- Debería evitarse que los terranos lo vieran.

No me gustó cómo sonaba eso, y dudaba que fuera posible.

- Evitarlo, no. Muéstrennoslo. Muéstrennoslo cuando somos niños pequeños, y muéstrennoslo más de una vez. Gatoi, Ningún terrano contempla un parto que salga bien. Todo lo que vemos es N'Tlic, dolor y terror, y puede que muerte.

Me miró.

- Es un asunto privado. Siempre ha sido un asunto privado.

Su tono me impidió insistir; eso y el conocimiento de que, si ella cambiaba de parecer, yo podría ser el primer ejemplo público. Había sembrado la idea en su mente. Había posibilidades de que germinara, y que, eventualmente, la probara.

- No lo volverás a ver - dijo -. No quiero que vuelvas a pensar en dispararme.

La pequeña cantidad de fluido que entró en mí con el huevo me relajó tan completamente como lo habría hecho un huevo estéril, y recordé el rifle en mis manos, y mis sensaciones de miedo y repulsión, de rabia y desesperación. Podía recordar las sensaciones sin revivirlas, hasta podía hablar de ellas.

- No te habría disparado - dije -. A ti no.

Había sido extraída de la carne de mi padre cuando éste tenía mi edad.

- Podrías haberlo hecho - insistió.

- A ti no.

Se interponía entre nosotros y su propio pueblo, protectora, entrelazándonos.

- ¿Te habrías destruido a ti mismo?

Me moví con cuidado, incómodo.

- Puede que lo hubiera hecho. Casi lo hice. Ésa es la «huida» de Qui. Me pregunto si lo sabe.

- ¿Qué?

No respondí.

- Ahora vivirás.

- Sí.

Cuídala, solía decir mi madre. Sí.

- Soy joven y sana - dijo -. No te dejaré como lo dejaron a Lomas. No te dejaré solo, N'Tlic. Cuidaré de ti.

*Epílogo*¹

Me sorprende que algunas personas hayan visto a “Hijo de sangre” como una historia acerca de la esclavitud. No lo es. Sin embargo, es un montón de otras cosas. En un nivel, es una historia de amor entre dos seres muy diferentes. En otro, es una historia de iniciación en la vida adulta en la cual un muchacho debe asimilar cierta información perturbadora y usarla para tomar una decisión que afectará el resto de su vida.

En un tercer nivel, “Hijo de sangre” es mi historia sobre un hombre embarazado. Siempre quise explorar como sería para un hombre encontrarse en esa posición tan improbable. ¿Podría escribir un relato en el cual un hombre eligiera quedar embarazado no por causa de una suerte de competitividad fuera de lugar, empeñado en probar que un hombre puede hacer cualquier de las cosas que puede hacer una mujer, no porque sea obligado a ello, ni siquiera por curiosidad? Quería ver si me sería posible escribir una historia dramática sobre un hombre que quedara embarazado como un acto de amor –eligiendo el embarazo a pesar tanto como a causa de las dificultades del entorno.

“Hijo de sangre” también fue un esfuerzo para aliviar uno de mis viejos temores. Estaba por viajar a la Amazonia Peruana para investigar cuestiones relacionadas con mis libros de la serie *Xenogenesis* (*Dawn*, *Adulthood Rites*, e *Imago*), y me preocupaban mis posibles reacciones a algunos de los insectos de la región. En particular, me preocupaba el rezo² –un insecto con, lo que a mí me parecían, hábitos dignos de una película de horror. No escaseaban los rezos en esa zona del Perú que me proponía visitar.

El rezo pone sus huevos en las heridas ocasionadas por las picaduras de otros insectos. La idea de un gusano viviendo y creciendo bajo mi piel, comiendo mi carne mientras crecía, me parecía intolerable, tan terrorífica que no sabía cómo podría soportarlo si me sucedía. Para empeorar la cosa, todo lo que había escuchado y leído acerca del rezo aconsejaba a las víctimas que no intentaran librarse de los gusanos que acarreaban sino hasta que hubieran vuelto a los EEUU y pudieran ver a un médico [o sea, en Perú no hay atención médica digna de confianza] – o hasta que la mosca una vez finalizada la etapa larval de su ciclo de crecimiento, saliera por si misma del cuerpo de su huésped, y echara a volar.

¹ Traducción de Patricia L. Lozano.

² Se refiere a la *Dermatobia hominis* una mosca que parasita al ser humano con consecuencias dolorosas pero no fatales. (N de T)

Literatura Norteamericana

El problema era que hacer lo que parecía más normal, extraer el gusano, equivalía a buscarse una infección. El gusano se ancla literalmente a su huésped y, fragmentado, deja atrás una parte de sí, si se intenta extraerlo o cortarlo. Por supuesto, la parte que queda adentro, muere y se pudre, causando la infección. Precioso.

Cuando tengo que lidiar con algo que me perturba tanto como lo hizo el rezo, escribo sobre ello. Yo resuelvo mis problemas escribiendo acerca de ellos. Recuerdo haber tomado un cuaderno y haberme puesto a escribir mi respuesta a las noticias sobre el asesinato de John Kennedy, en un aula de la secundaria, el 22 de noviembre de 1963. Ya sea que escriba las páginas de un diario, un ensayo, un cuento, o entreteja mis problemas en una novela, encuentro que la escritura me ayuda a superar el problema y seguir adelante con mi vida. Escribir “Hijo de sangre” no hizo que me gustaran los rezos, pero por un tiempo, hizo que parecieran más interesantes que horrorosos.

Hay una cosa más que traté de hacer en “Hijo de sangre”, intenté escribir una historia sobre pagar el alquiler –una historia sobre una colonia de seres humanos, aislada en un mundo habitado fuera del sistema solar. En el mejor de los casos, estarían tan lejos de los refuerzos como el lapso que dura una vida. No sería el Imperio Británico en el espacio, y no sería *Viaje a las Estrellas*. Tarde o temprano, los humanos deberían hacer algún tipo de acuerdo con sus mm... sus anfitriones. Lo más probable es que este fuera un acuerdo inusual. ¿Quién sabe qué podemos tener los humanos que otros podrían aceptar de buena voluntad en intercambio por un espacio donde vivir en un mundo que nos sea ajeno?

“Bloodchild”

Octavia Butler

My last night of childhood began with a visit home. T’Gatoi’s sister had given us two sterile eggs. T’Gatoi gave one to my mother, brother, and sisters. She insisted that I eat the other one alone. It didn’t matter. There was still enough to leave everyone feeling good. Almost everyone. My mother wouldn’t take any. She sat, watching everyone drifting and dreaming without her. Most of the time she watched me.

I lay against T’Gatoi’s long, velvet underside, sipping from my egg now and then, wondering why my mother denied herself such a harmless pleasure. Less of her hair would be gray if she indulged now and then. The eggs prolonged life, prolonged vigor. My father, who had never refused one in his life, had lived more than twice as long as he should have. And toward the end of his life, when he should have been slowing down, he had married my mother and fathered four children.

But my mother seemed content to age before she had to. I saw her turn away as several of T’Gatoi’s limbs secured me closer. T’Gatoi liked our body heat and took advantage of it whenever she could. When I was little and at home more, my mother used to try to tell me how to behave with T’Gatoi—how to be respectful and always obedient because T’Gatoi was the Tlic government official in charge of the Preserve, and thus the most important of her kind to deal directly with Terrans. It was an honor, my mother said, that such a person had chosen to come into the family. My mother was at her most formal and severe when she was lying.

I had no idea why she was lying, or even what she was lying about. It was an honor to have T’Gatoi in the family, but it was hardly a novelty. T’Gatoi and my mother had been friends all my mother’s life, and T’Gatoi was not interested in being honored in the house she considered her second home. She simply came in, climbed onto one of her special couches, and called me over to keep her warm. It was impossible to be formal with her while lying against her and hearing her complain as usual that I was too skinny.

“You’re better,” she said this time, probing me with six or seven of her limbs. “You’re gaining weight finally. Thinness is dangerous.” The probing changed subtly, became a series of caresses.

“He’s still too thin,” my mother said sharply.

T’Gatoi lifted her head and perhaps a meter of her body off the couch as though she were sitting up. She looked at my mother, and my mother, her face lined and old looking, turned away.

“Lien, I would like you to have what’s left of Gan’s egg.”

“The eggs are for the children,” my mother said.

“They are for the family. Please take it.”

Unwillingly obedient, my mother took it from me and put it to her mouth. There were only a few drops left in the now-shrunken, elastic shell, but she squeezed them out, swallowed, them, and after a few moments some of the lines of tension began to smooth from her face.

“It’s good,” she whispered. “Sometimes I forget how good it is.”

“You should take more,” T’Gatoi said. “Why are you in such a hurry to be old?”

My mother said nothing.

Literatura Norteamericana

"I like being able to come here, T'Gatoi said. "This place is a refuge because of you, yet you won't take care of yourself"

T'Gatoi was hounded on the outside. Her people wanted more of us made available. Only she and her political faction stood between us and the hordes who did not understand why there was a Preserve—why any Terran could not be courted, paid, drafted, in some way made available to them. Or they did understand, but in their desperation, they did not care. She parceled us out to the desperate and sold us to the rich and powerful for their political support. Thus, we were necessities, status symbols, and an independent people. She oversaw the joining of families, putting an end to the final remnants of the earlier system of breaking up Terran families to suit impatient Tlic. I had lived outside with her. I had seen the desperate eagerness in the way some people looked at me. It was a little frightening to know that only she stood between us and that desperation that could so easily swallow us. My mother would look at her sometimes and say to me, "Take care of her." And I would remember that she too had been outside, had seen.

Now T'Gatoi used four of her limbs to push me away from her onto the floor. "Go on, Gan, she said. "Sit down there with your sisters and enjoy not being sober. You had most of the egg. Lien, come warm me."

My mother hesitated for no reason that I could see. One of my earliest memories is of my mother stretched alongside T'Gatoi, talking about things I could not understand, picking me up from the floor and laughing as she sat me on one of T'Gatoi's segments. She ate her share of eggs then. I wondered when she had stopped, and why.

She lay down now against T'Gatoi, and the whole left row of T'Gatoi's limbs closed around her, holding her loosely, but securely. I had always found it comfortable to lie that way, but except for my older Sister, no one else in the family liked it. They said it made them feel caged.

T'Gatoi meant to cage my mother. Once she had, she moved her tail slightly, then spoke. "Not enough egg, Lien. You should have taken it when it was passed to you. You need it badly now."

T'Gatoi's tail moved once more, its whip motion so swift I wouldn't have seen it if I hadn't been watching for it. Her sting drew only a single drop of blood from my mother's bare leg.

My mother cried out—probably in surprise. Being stung doesn't hurt. Then she sighed and I could see her body relax. She moved languidly into a more comfortable position within the cage of T'Gatoi's limbs. "Why did you do that?" she asked, sounding half asleep.

I could not watch you sitting and suffering any longer."

My mother managed to move her shoulders in a small shrug. "Tomorrow," she said.

"Yes. Tomorrow you will resume your suffering—if you must. But just now, just for now, lie here and warm me and let me ease your way a little."

"He's still mine, you know," my mother said suddenly.

"Nothing can buy him from me." Sober, she would not have permitted herself to refer to such things.

"Nothing," T'Gatoi agreed, humoring her.

"Did you think I would sell him for eggs? For long life? My son?"

"Not for anything," T'Gatoi said, stroking my mother's shoulders, toying with her long, graying hair.

I would like to have touched my mother, shared that moment with her. She would take my hand if I touched her now. Freed by the egg and the sting, she would smile and perhaps say things

long held in. But tomorrow, she would remember all this as a humiliation. I did not want to be part of a remembered humiliation. Best just be still and know she loved me under all the duty and pride and pain.

“Xuan Hoa, take off her shoes,” T’Gatoi said. “In a little while I’ll sting her again and she can sleep.”

My older sister obeyed, swaying drunkenly as she stood up. When she had finished, she sat down beside me and took my hand. We had always been a unit, she and I.

My mother put the back of her head against T’Gatoi’s underside and tried from that impossible angle to look up into the broad, round face. “You’re going to sting me again?”

“Yes, Lien.”

“I’ll sleep until tomorrow noon.”

“Good. You need it. When did you sleep last?”

My mother made a wordless sound of annoyance. “I should have stepped on you when you were small enough,” she muttered.

It was an old joke between them. They had grown up together, sort of, though T’Gatoi had not, in my mother’s life time, been small enough for any Terran to step on. She was nearly three times my mother’s present age, yet would still be young when my mother died of age. But T’Gatoi and my mother had met as T’Gatoi was coming into a period of rapid development—a kind of adolescence. My mother was only a child, but for a while they developed at the same rate and had no better friends than each other.

T’Gatoi had even introduced my mother to the man who became my father. My parents, pleased with each other in spite of their different ages, married as T’Gatoi was going into her family’s business—politics. She and my mother saw each other less. But sometime before my older sister was born, my mother promised T’Gatoi one of her children. She would have to give one of us to someone, and she preferred T’Gatoi to some stranger.

Years passed. T’Gatoi traveled and increased her influence. The Preserve was hers by the time she came back to my mother to collect what she probably saw as her just reward for her hard work. My older sister took an instant liking to her and wanted to be chosen, but my mother was just coming to term with me and T’Gatoi liked the idea of choosing an infant and watching and taking part in all the phases of development. I’m told I was first caged within T’Gatoi’s many limbs only three minutes after my birth. A few days later, I was given my first taste of egg. I tell Terrans that when they ask whether I was ever afraid of her. And I tell it to Tlic when T’Gatoi suggests a young Terran child for them and they, anxious and ignorant, demand an adolescent. Even my brother who had somehow grown up to fear and distrust the Tlic could probably have gone smoothly into one of their families if he had been adopted early enough. Sometimes, I think for his sake he should have been. I looked at him, stretched out on the floor across the room, his eyes open, but glazed as he dreamed his egg dream. No matter what he felt toward the Tlic, he always demanded his share of egg.

“Lien, can you stand up?” T’Gatoi asked suddenly.

“Stand?” my mother said. “I thought I was going to sleep.”

“Later. Something sounds wrong outside.” The cage was abruptly gone.

“What?”

“Up, Lien!”

MY mother recognized her tone and got up just in time to avoid being dumped on the floor. T’Gatoi whipped her three meters of body off her couch, toward the door, and out at full speed. She had bones—ribs, a long spine, a skull, four sets of limb bones per segment. But when she moved that way, twisting, hurling herself into controlled falls, landing running, she seemed not only boneless, but aquatic—something swimming through the air as though it were water. I loved watching her move.

I left my sister and started to follow her out the door, though I wasn’t very steady on my own feet. It would have been better to sit and dream, better yet to find a girl and share a waking dream with her. Back when the Tlic saw us as not much more than convenient, big, warm-blooded animals, they would pen several of us together, male and female, and feed us only eggs. That way they could be sure of getting another generation of us no matter how we tried to hold out. We were lucky that didn’t go on long. A few generations of it and we would have been little more than convenient, big animals.

“Hold the door open, Gan,” T’Gatoi said. “And tell the family to stay back.”

“What is it?” I asked.

“N’Tlic.”

I shrank back against the door. “Here? Alone?”

“He was trying to reach a call box, I suppose.” She carried the man past me, unconscious, folded like a coat over some of her limbs. He looked young—my brother’s age perhaps—and he was thinner than he should have been. What T’Gatoi would have called dangerously thin.

“Gan, go to the call box,” she said. She put the man on the floor and began stripping off his clothing.

I did not move.

After a moment, she looked up at me, her sudden stillness a sign of deep impatience.

“Send Qui,” I told her. “I’ll stay here. Maybe I can help.”

She let her limbs begin to move again, lifting the man and pulling his shirt over his head. “You don’t want to see this,” she said. “It will be hard. I can’t help this man the way his Tlic could.”

“I know. But send Qui. He won’t want to be of any help here. I’m at least willing to try.”

She looked at my brother—older, bigger, stronger, certainly more able to help her here. He was sitting up now, braced against the wall, staring at the man on the floor with undisguised fear and revulsion. Even she could see that he would be useless.

“Qui, go!” she said.

He didn’t argue. He stood up, swayed briefly, then steadied, frightened sober.

“This man’s name is Bram Lomas,” she told him, reading from the man’s armband. I fingered my own armband in sympathy. “He needs T’Khotgif Teh. Do you hear?”

“Bram Lomas, T’Khotgif Teh,” my brother said. “I’m going.” He edged around Lomas and ran out the door.

Lomas began to regain consciousness. He only moaned at first and clutched spasmodically at a pair of T’Gatoi’s limbs. My younger sister, finally awake from her egg dream, came close to look at him, until my mother pulled her back.

T’Gatoi removed the man’s shoes, then his pants, all the while leaving him two of her limbs to grip. Except for the final few, all her limbs were equally dexterous. “I want no argument from you this time, Gan,” she said.

I straightened. “What shall I do?”

“Go out and slaughter an animal that is at least half your size.”

Slaughter? But I’ve never—”

She knocked me across the room. Her tail was an efficient weapon whether she exposed the sting or not.

I got up, feeling stupid for having ignored her warning, and went into the kitchen. Maybe I could kill something with a knife or an ax. My mother raised a few Terran animals for the table and several thousand local ones for their fur. T’Gatoi would probably prefer something local. An achti, perhaps. Some of those were the right size, though they had about three times as many teeth as I did and a real love of using them. My mother, Hoa, and Qui could kill them with knives. I had never killed one at all, had never slaughtered any animal. I had spent most of my time with T’Gatoi while my brother and sisters were learning the family business. T’Gatoi had been right. I should have been the one to go to the call box. At least I could do that.

I went to the corner cabinet where my mother kept her large house and garden tools. At the back of the cabinet there was a pipe that carried off waste water from the kitchen—except that it didn’t anymore. My father had rerouted the waste water below before I was born. Now the pipe could be turned so that one half slid around the other and a rifle could be stored inside. This wasn’t our only gun, but it was our most easily accessible one. I would have to use it to shoot one of the biggest of the achti. Then T’Gatoi would probably confiscate it. Firearms were illegal in the Preserve. There had been incidents right after the Preserve was established—Terrans shooting Tlic, shooting N’Tlic. This was before the joining of families began, before everyone had a personal stake in keeping the peace. No one had shot a Tlic in my lifetime or my mother’s, but the law still stood—for our protection, we were told. There were stories of whole Terran families wiped out in reprisal back during the assassinations.

I went out to the cages and shot the biggest achti I could find. It was a handsome breeding male, and my mother would not be pleased to see me bring it in. But it was the right size, and I was in a hurry.

I put the achti’s long, warm body over my shoulder—glad that some of the weight I’d gained was muscle—and took it to the kitchen. There, I put the gun back in its hiding place. If T’Gatoi noticed the achti’s wounds and demanded the gun, I would give it to her. Otherwise, let it stay where my father wanted it.

I turned to take the achti to her, then hesitated. For several seconds, I stood in front of the closed door wondering why I was suddenly afraid. I knew what was going to happen. I hadn’t seen it before but T’Gatoi had shown me diagrams and drawings. She had made sure I knew the truth as soon as I was old enough to understand it.

Yet I did not want to go into that room. I wasted a little time choosing a knife from the carved, wooden box in which my mother kept them. T’Gatoi might want one, I told myself, for the tough, heavily furred hide of the achti.

“Gan!” T’Gatoi called, her voice harsh with urgency.

I swallowed. I had not imagined a single moving of the feet could be so difficult. I realized I was trembling and that shamed me. Shame impelled me through the door.

Literatura Norteamericana

I put the achti down near T’Gatoi and saw that Lomas was unconscious again. She, Lomas, and I were alone in the room—my mother and sisters probably sent out so they would not have to watch. I envied them.

But my mother came back into the room as T’Gatoi seized the achti. Ignoring the knife I offered her, she extended claws from several of her limbs and slit the achti from throat to anus. She looked at me, her yellow eyes intent. “Hold this man’s shoulders, Gan.”

I stared at Lomas in panic, realizing that I did not want to touch him, let alone hold him. This would not be like shooting an animal. Not as quick, not as merciful, and, I hoped, not as final, but there was nothing I wanted less than to be part of it.

My mother came forward. “Gan, you hold his right side, she said. “I’ll hold his left.” And if he came to, he would throw her off without realizing he had done it. She was a tiny woman. She often wondered aloud how she had produced, as she said, such “huge” children.

“Never mind,” I told her, taking the man’s shoulders. “I’ll do it.” She hovered nearby.

“Don’t worry,” I said. “I won’t shame you. You don’t have to stay and watch.”

She looked at me uncertainly, then touched my face in a rare caress. Finally, she went back to her bedroom.

T’Gatoi lowered her head in relief “Thank you, Gan,” she said with courtesy more Terran than Tlic. “That one . . . she is always finding new ways for me to make her suffer.”

Lomas began to groan and make choked sounds. I had hoped he would stay unconscious. T’Gatoi put her face near his so that he focused on her.

“I’ve stung you as much as I dare for now,” she told him. “When this is over, I’ll sting you to sleep and you won’t hurt anymore.

“Please,” the man begged. “Wait . . .

“There’s no more time, Bram. I’ll sting you as soon as it’s over. When TKhotgif arrives she’ll give you eggs to help you heal. It will be over soon.”

“T’Khotgif!” the man shouted, straining against my hands.

“Soon, Bram.” T’Gatoi glanced at me, then placed a claw against his abdomen slightly to the right of the middle, just below the left rib. There was movement on the right side—tiny, seemingly random pulsations moving his brown flesh, creating a concavity here, a convexity there, over and over until I could see the rhythm of it and knew where the next pulse would be.

Lomas’s entire body stiffened under T’Gatoi’s claw, though she merely rested it against him as she wound the rear section of her body around his legs. He might break my grip, but he would not break hers. He wept helplessly as she used his pants to tie his hands, then pushed his hands above his head so that I could kneel on the cloth between them and pin them in place. She rolled up his shirt and gave it to him to bite down on.

And she opened him.

His body convulsed with the first cut. He almost tore himself away from me. The sound he made . . . I had never heard such sounds come from anything human. T’Gatoi seemed to pay no attention as she lengthened and deepened the cut, now and then pausing to lick away blood. His blood vessels contracted, reacting to the chemistry of her saliva, and the bleeding slowed.

I felt as though I were helping her torture him, helping her consume him. I knew I would vomit soon, didn’t know why I hadn’t already. I couldn’t possibly last until she was finished.

She found the first grub. It was fat and deep red with his blood—both inside and out. It had already eaten its own egg case but apparently had not yet begun to eat its host. At this stage, it would eat any flesh except its mother's. Let alone, it would have gone on excreting the poisons that had both sickened and alerted Lomas. Eventually it would have begun to eat. By the time it ate its way out of Lomas's flesh, Lomas would be dead or dying—and unable to take revenge on the thing that was killing him. There was always a grace period between the time the host sickened and the time the grubs began to eat him.

T'Gatoi picked up the writhing grub carefully and looked at it, somehow ignoring the terrible groans of the man.

Abruptly, the man lost consciousness.

"Good," T'Gatoi looked down at him. "I wish you Terrans could do that at will." She felt nothing. And the thing she held . . .

It was limbless and boneless at this stage, perhaps fifteen centimeters long and two thick, blind and slimy with blood. It was like a large worm. T'Gatoi put it into the belly of the achti, and it began at once to burrow. It would stay there and eat as long as there was anything to eat.

Probing through Lomas's flesh, she found two more, one of them smaller and more vigorous. "A male!" she said happily. He would be dead before I would. He would be through his metamorphosis and screwing everything that would hold still before his sisters even had limbs. He was the only one to make a serious effort to bite T'Gatoi as she placed him in the achti.

Paler worms oozed to visibility in Lomas's flesh. I closed my eyes. It was worse than finding something dead, rotting, and filled with tiny animal grubs. And it was far worse than any drawing or diagram.

"Ah, there are more," T'Gatoi said, plucking out two long, thick grubs. You may have to kill another animal, Gan. Everything lives inside you Terrans."

I had been told all my life that this was a good and necessary thing Tlic and Terran did together—a kind of birth. I had believed it until now. I knew birth was painful and bloody, no matter what. But this was something else, something worse. And I wasn't ready to see it. Maybe I never would be. Yet I couldn't not see it. Closing my eyes didn't help.

T'Gatoi found a grub still eating its egg case. The remains of the case were still wired into a blood vessel by their own little tube or hook or whatever. That was the way the grubs were anchored and the way they fed. They took only blood until they were ready to emerge. Then they ate their stretched, elastic egg cases. Then they ate their hosts.

T'Gatoi bit away the egg case, licked away the blood. Did she like the taste? Did childhood habits die hard—or not die at all?

The whole procedure was wrong, alien. I wouldn't have thought anything about her could seem alien to me.

"One more, I think," she said. "Perhaps two. A good family. In a host animal these days, we would be happy to find one or two alive." She glanced at me. "Go outside, Gan, and empty your stomach. Go now while the man is unconscious."

I staggered out, barely made it. Beneath the tree just beyond the front door, I vomited until there was nothing left to bring up. Finally, I stood shaking, tears streaming down my face. I did not know why I was crying, but I could not stop. I went further from the house to avoid being seen. Every time I closed my eyes I saw red worms crawling over redder human flesh.

Literatura Norteamericana

There was a car coming toward the house. Since Terrans were forbidden motorized vehicles except for certain farm equipment, I knew this must be Lomas's Tlic with Qui and perhaps a Terran doctor. I wiped my face on my shirt, struggled for control.

"Gan," Qui called as the car stopped. "What happened?" He crawled out of the low, round, Tlic-convenient car door. Another Terran crawled out the other side and went into the house without speaking to me. The doctor. With his help and a few eggs, Lomas might make it.

"T'Khotgif Teh?" I said.

The Tlic driver surged out of her car, reared up half her length before me. She was paler and smaller than T'Gatoi—probably born from the body of an animal.

The Tlic born from Terran bodies were always larger as well as more numerous.

"Six young," I told her. "Maybe seven, all alive. At least one male."

"Lomas?" she said harshly. I liked her for the question and the concern in her voice when she asked it. The last coherent thing he had said was her name.

"He's alive," I said.

She surged away to the house without another word.

"She's been sick," my brother said, watching her go. "When I called, I could hear people telling her she wasn't well enough to go out even for this."

I said nothing. I had extended courtesy to the Tlic. Now I didn't want to talk to anyone. I hoped he would go in—out of curiosity if nothing else.

"Finally found out more than you wanted to know, eh?"

I looked at him.

"Don't give me one of her looks," he said. "You're not her. You're just her property."

One of her looks. Had I picked up even an ability to imitate her expressions?

"What'd you do, puke?" He sniffed the air. "So now you know what you're in for."

I walked away from him. He and I had been close when we were kids. He would let me follow him around when I was home, and sometimes T'Gatoi would let me bring him along when she took me into the city. But something had happened when he reached adolescence. I never knew what. He began keeping out of T'Gatoi's way. Then he began running away—until he realized there was no "away." Not in the Preserve. Certainly not outside. After that he concentrated on getting his share of every egg that came into the house and on looking out for me in a way that made me all but hate him—a way that clearly said, as long as I was all right, he was safe from the Tlic.

"How was it, really?" he demanded, following me.

"I killed an achti. The young ate it."

"You didn't run out of the house and puke because they ate an achti."

"I had . . . never seen a person cut open before." That was true, and enough for him to know. I couldn't talk about the other. Not with him.

"Oh," he said. He glanced at me as though he wanted to say more, but he kept quiet.

We walked, not really headed anywhere. Toward the back, toward the cages, toward the fields.

"Did he say anything?" Qui asked. "Lomas, I mean."

Literatura Norteamericana

Who else would he mean? “He said ‘T’Khotgif.’”

Qui shuddered. “If she had done that to me, she’d be the last person I’d call for.”

“You’d call for her. Her sting would ease your pain without killing the grubs in you.”

“You think I’d care if they died?”

No. Of course he wouldn’t. Would I?

“Shit!” He drew a deep breath. “I’ve seen what they do. You think this thing with Lomas was bad? It was nothing.”

I didn’t argue. He didn’t know what he was talking about.

“I saw them eat a man,” he said.

I turned to face him. “You’re lying!”

“I saw them eat a man.” He paused. “It was when I was little. I had been to the Hartmund house and I was on my way home. Halfway here, I saw a man and a Tlic, and the man was N’Tlic. The ground was hilly. I was able to hide from them and watch. The Tlic wouldn’t open the man because she had nothing to feed the grubs. The man couldn’t go any further and there were no houses around. He was in so much pain, he told her to kill him. He begged her to kill him. Finally, she did. She cut his throat. One swipe of one claw. I saw the grubs eat their way out, then burrow in again, still eating.”

His words made me see Lomas’s flesh again, parasitized, crawling. “Why didn’t you tell me that?” I whispered.

He looked startled as though he’d forgotten I was listening. “I don’t know.”

“You started to run away not long after that, didn’t you?”

“Yeah. Stupid. Running inside the Preserve. Running in a cage.

I shook my head, said what I should have said to him long ago. “She wouldn’t take you, Qui. You don’t have to worry.”

“She would . . . if anything happened to you.”

“No. She’d take Xuan Hoa. Hoa . . . wants it.” She wouldn’t if she had stayed to watch Lomas.

“They don’t take women,” he said with contempt.

“They do sometimes.” I glanced at him. “Actually, they prefer women. You should be around them when they talk among themselves. They say women have more body fat to protect the grubs. But they usually take men to leave the women free to bear their own young.”

“To provide the next generation of host animals,” he said, switching from contempt to bitterness.

“It’s more than that!” I countered. Was it?

“If it were going to happen to me, I’d want to believe it was more, too.

“It is more!” I felt like a kid. Stupid argument.

“Did you think so while T’Gatoi was picking worms out of that guy’s guts?”

“It’s not supposed to happen that way.”

“Sure it is. You weren’t supposed to see it, that’s all. And his Tlic was supposed to do it. She could sting him unconscious and the operation wouldn’t have been as painful. But she’d still open

him, pick out the grubs, and if she missed even one, it would poison him and eat him from the inside out.”

There was actually a time when my mother told me to show respect for Qui because he was my older brother. I walked away, hating him. In his way, he was gloating. He was safe and I wasn't. I could have hit him, but I didn't think I would be able to stand it when he refused to hit back, when he looked at me with contempt and pity.

He wouldn't let me get away. Longer legged, he swung ahead of me and made me feel as though I were following him.

“I'm sorry,” he said.

I strode on, sick and furious.

“Look, it probably won't be that bad with you. T'Gatoi likes you. She'll be careful.”

I turned back toward the house, almost running from him.

Has she done it to you yet?” he asked, keeping up easily. “I mean, you're about the right age for implantation. Has she—”

I hit him. I didn't know I was going to do it, but I think I meant to kill him. If he hadn't been bigger and stronger, I think I would have.

He tried to hold me off, but in the end, had to defend himself. He only hit me a couple of times. That was plenty. I don't remember going down, but when I came to, he was gone. It was worth the pain to be rid of him.

I got up and walked slowly toward the house. The back was dark. No one was in the kitchen. My mother and sisters were sleeping in their bedrooms—or pretending to.

Once I was in the kitchen, I could hear voices—Tlic and Terran from the next room. I couldn't make out what they were saying—didn't want to make it out.

I sat down at my mother's table, waiting for quiet. The table was smooth and worn, heavy and well crafted. My father had made it for her just before he died. I remembered hanging around underfoot when he built it. He didn't mind. Now I sat leaning on it, missing him. I could have talked to him. He had done it three times in his long life. Three clutches of eggs, three times being opened up and sewed up. How had he done it? How did anyone do it?

I got up, took the rifle from its hiding place, and sat down again with it. It needed cleaning, oiling.

All I did was load it.

“Gan?”

She made a lot of little clicking sounds when she walked on bare floor, each limb clicking in succession as it touched down. Waves of little clicks.

She came to the table, raised the front half of her body above it, and surged onto it. Sometimes she moved so smoothly she seemed to flow like water itself. She coiled herself into a small hill in the middle of the table and looked at me.

“That was bad,” she said softly. “You should not have seen it. It need not be that way.”

“I know.”

“T'Khotgif—Ch'Khotgif now—she will die of her disease. She will not live to raise her children. But her sister will provide for them, and for Bram Lomas.” Sterile sister. One fertile

female in every lot: One to keep the family going. That sister owed Lomas more than she could ever repay.

“He’ll live then?”

“Yes.”

“I wonder if he would do it again.”

“No one would ask him to do that again.”

I looked into the yellow eyes, wondering how much I saw and understood there, and how much I only imagined. “No one ever asks us,” I said. “You never asked me.”

She moved her head slightly. “What’s the matter with your face?”

“Nothing. Nothing important.” Human eyes probably wouldn’t have noticed the swelling in the darkness. The only light was from one of the moons, shining through a window across the room.

“Did you use the rifle to shoot the achti?”

“Yes.”

“And do you mean to use it to shoot me?”

I stared at her, outlined in the moonlight—coiled, graceful body. “What does Terran blood taste like to you?”

She said nothing.

“What are you?” I whispered. “What are we to you?”

She lay still, rested her head on her topmost coil. “You know me as no other does,” she said softly. “You must decide.”

“That’s what happened to my face,” I told her.

“What?”

“Qui goaded me into deciding to do something. It didn’t turn out very well.” I moved the gun slightly, brought the barrel up diagonally under my own chin. “At least it was a decision I made.”

“As this will be.”

“Ask me, Gatoi.”

“For my children’s lives?”

She would say something like that. She knew how to manipulate people, Terran and Tlic. But not this time.

I don’t want to be a host animal, I said. “Not even yours.”

It took her a long time to answer. “We use almost no host animals these days,” she said. “You know that.”

“You use us.”

“We do. We wait long years for you and teach you and join our families to yours.”

She moved restlessly. “You know you aren’t animals to us.”

I stared at her, saying nothing.

“The animals we once used began killing most of our eggs after implantation long before your ancestors arrived,” she said softly. “You know these things, Gan. Because your people arrived,

we are relearning what it means to be a healthy, thriving people. And your ancestors, fleeing from their homeworld, from their own kind who would have killed or enslaved them—they survived because of us. We saw them as people and gave them the Preserve when they still tried to kill us as worms.

At the word “worms,” I jumped. I couldn’t help it, and she couldn’t help noticing it.

“I see,” she said quietly. “Would you really rather die than bear my young, Gan?”

I didn’t answer.

“Shall I go to Xuan Hoa?”

“Yes!” Hoa wanted it. Let her have it. She hadn’t had to watch Lomas. She’d be proud.... Not terrified.

T’Gatoi flowed off the table onto the floor, startling me almost too much.

“I’ll sleep in Hoa’s room tonight,” she said. “And sometime tonight or in the morning, I’ll tell her.”

This was going too fast. My sister Hoa had had almost as much to do with raising me as my mother. I was still close to her—not like Qui. She could want T’Gatoi and still love me.

“Wait! Gatoi!”

She looked back, then raised nearly half her length off the floor and turned to face me. “These are adult things, Gan. This is my life, my family!”

“But she’s . . . my sister.”

“I have done what you demanded. I have asked you!”

“But—”

“It will be easier for Hoa. She has always expected to carry other lives inside her.”

Human lives. Human young who should someday drink at her breasts, not at her veins.

I shook my head. “Don’t do it to her, Gatoi.” I was not Qui. It seemed I could become him, though, with no effort at all. I could make Xuan Hoa my shield. Would it be easier to know that red worms were growing in her flesh instead of mine?

“Don’t do it to Hoa,” I repeated.

She stared at me, utterly still.

I looked away, then back at her. “Do it to me.”

I lowered the gun from my throat and she leaned forward to take it.

“No,” I told her.

“It’s the law,” she said.

“Leave it for the family. One of them might use it to save my life someday.”

She grasped the rifle barrel, but I wouldn’t let go. I was pulled into a standing position over her.

“Leave it here!” I repeated. “If we’re not your animals, if these are adult things, accept the risk. There is risk, Gatoi, in dealing with a partner.”

It was clearly hard for her to let go of the rifle. A shudder went through her and she made a hissing sound of distress. It occurred to me that she was afraid. She was old enough to have seen

what guns could do to people. Now her young and this gun would be together in the same house. She did not know about the other guns. In this dispute, they did not matter.

I will implant the first egg tonight,” she said as I put the gun away. “Do you hear, Gan?” Why else had I been given a whole egg to eat while the rest of the family was left to share one? Why else had my mother kept looking at me as though I were going away from her, going where she could not follow? Did T’Gatoi imagine I hadn’t known?

“I hear.”

“Now!” I let her push me out of the kitchen, then walked ahead of her toward my bedroom. The sudden urgency in her voice sounded real. “You would have done it to Hoa tonight!” I accused.

“I must do it to someone tonight.”

I stopped in spite of her urgency and stood in her way. “Don’t you care who?”

She flowed around me and into my bedroom. I found her waiting on the couch we shared. There was nothing in Hoa’s room that she could have used. She would have done it to Hoa on the floor. The thought of her doing it to Hoa at all disturbed me in a different way now, and I was suddenly angry.

Yet I undressed and lay down beside her. I knew what to do, what to expect. I had been told all my life. I felt the familiar sting, narcotic, mildly pleasant. Then the blind probing of her ovipositor. The puncture was painless, easy. So easy going in. She undulated slowly against me, her muscles forcing the egg from her body into mine. I held on to a pair of her limbs until I remembered Lomas holding her that way. Then I let go, moved inadvertently, and hurt her. She gave a low cry of pain and I expected to be caged at once within her limbs. When I wasn’t, I held on to her again, feeling oddly ashamed.

“I’m sorry,” I whispered.

She rubbed my shoulders with four of her limbs.

“Do you care?” I asked. “Do you care that it’s me?”

She did not answer for some time. Finally, “You were the one making the choices tonight, Gan. I made mine long ago.

“Would you have gone to Hoa?”

“Yes. How could I put my children into the care of one who hates them?”

“It wasn’t . . . hate.”

“I know what it was.”

“I was afraid.”

Silence.

“I still am.” I could admit it to her here, now.

“But you came to me . . . to save Hoa.”

“Yes.” I leaned my forehead against her. She was cool velvet, deceptively soft.

“And to keep you for myself,” I said. It was so. I didn’t understand it, but it was so.

She made a soft hum of contentment. “I couldn’t believe I had made such a mistake with you,” she said. “I chose you. I believed you had grown to choose me.”

“I had, but . . .

“Lomas.”

“Yes.”

“I had never known a Terran to see a birth and take it well. Qui has seen one, hasn’t he?”

“Yes. “

“Terrans should be protected from seeing.”

I didn’t like the sound of that—and I doubted that it was possible. “Not protected, I said. “Shown. Shown when we’re young kids, and shown more than once. Gatoi, no Terran ever sees a birth that goes right. All we see is N’Tlic—pain and terror and maybe death.”

She looked down at me. “It is a private thing. It has always been a private thing.”

Her tone kept me from insisting—that and the knowledge that if she changed her mind, I might be the first public example. But I had planted the thought in her mind. Chances were it would grow, and eventually she would experiment.

“You won’t see it again, she said. “I don’t want you thinking any more about shooting me.”

The small amount of fluid that came into me with her egg relaxed me as completely as a sterile egg would have, so that I could remember the rifle in my hands and my feelings of fear and revulsion, anger and despair. I could remember the feelings without reviving them. I could talk about them.

“I wouldn’t have shot you, “ I said. “Not you.” She had been taken from my father’s flesh when he was my age.

You could have, she insisted.

“Not you.” She stood between us and her own people, protecting, interweaving.

“Would you have destroyed yourself?”

I moved carefully, uncomfortable. “I could have done that. I nearly did. That’s Qui’s ‘away.’ I wonder if he knows.”

“What?”

I did not answer.

“You will live now.”

“Yes.” Take care of her, my mother used to say. Yes.

“I’m healthy and young,” she said. “I won’t leave you as Lomas was left—alone, N’Tlic. I’ll take care of you.”

Afterword

It amazes me that some people have seen “Bloodchild” as a story of slavery. It isn’t. It’s a number of other things, though. On one level, it’s a love story between two very different beings. On another, it’s a coming-of-age story in which a boy must absorb disturbing information and use it to make a decision that will affect the rest of his life.

On a third level, “Bloodchild” is my pregnant man story. I’ve always wanted to explore what it might be like for a man to be put into that most unlikely of all positions. Could I write a story in which a man chose to become pregnant not through some sort of misplaced competitiveness to prove that a man could do anything a woman could do, not because he was forced to, not even

out of curiosity? I wanted to see whether I could write a dramatic story of a man becoming pregnant as an act of love—choosing pregnancy in spite of as well as because of surrounding difficulties.

Also, “Bloodchild” was my effort to ease an old fear of mine. I was going to travel to the Peruvian Amazon to do research for my Xenogenesis books (*Dawn*, *Adulthood Rites*, and *Imago*), and I worried about my possible reactions to some of the insect life of the area. In particular, I worried about the botfly—an insect with, what seemed to me then, horror-movie habits. There was no shortage of botflies in the part of Peru that I intended to visit.

The botfly lays its eggs in wounds left by the bites of other insects. I found the idea of a maggot living and growing under my skin, eating my flesh as it grew, to be so intolerable, so terrifying that I didn’t know how I could stand it if it happened to me. To make matters worse, all that I heard and read advised botfly victims not to try to get rid of their maggot passengers until they got back home to the United States and were able to go to a doctor—or until the fly finished the larval part of its growth cycle, crawled out of its host, and flew away.

The problem was to do what would seem to be the normal thing, to squeeze out the maggot and throw it away, was to invite infection. The maggot becomes literally attached to its host and leaves part of itself behind, broken off, if it’s squeezed or cut out. Of course, the part left behind dies and rots, causing infection. Lovely.

When I have to deal with something that disturbs me as much as the botfly did, I write about it. I sort out my problems by writing about them. In a high school classroom on November 22, 1963, I remember grabbing a notebook and beginning to write my response to news of John Kennedy’s assassination. Whether I write journal pages, an essay, a short story, or weave my problems into a novel, I find the writing helps me get through the trouble and get on with my life. Writing “Bloodchild” didn’t make me like botflies, but for a while, it made them seem more interesting than horrifying.

There’s one more thing I tried to do in “Bloodchild.” I tried to write a story about paying the rent—a story about an isolated colony of human beings on an inhabited, extrasolar world. At best, they would be a lifetime away from reinforcements. It wouldn’t be the British Empire in space, and it wouldn’t be *Star Trek*. Sooner or later, the humans would have to make some kind of accommodation with their um . . . their hosts. Chances are this would be an unusual accommodation. Who knows what we humans have that others might be willing to take in trade for a livable space on a world not our own?